
En el nombre del Padre

*Ignacio Madera Vargas, SDS**

RESUMEN

Al interior de una reflexión teológica contextual ubicamos la necesidad de tener muy presente el asunto de la significación del discurso teológico. Por ello, una reflexión acerca de hablar «en el nombre del Padre» caracterizada por el criterio anterior puede, con validez, hacer recurso a resultados de las ciencias de la significación. Ubicados en este registro identificamos un tiempo de confusión y pérdida de la imagen del Padre en donde diversos estereotipos hacen difícil captar lo que en Jesús de Nazaret se nos ha revelado de su Padre. En contraste con lo anterior podemos diseñar el perfil del Padre que es el Padre de Nuestro Señor Jesucristo y nuestro Padre. En él, destacamos los atributos de creador y misericordioso para desde ellos relacionar los niveles ético y epistemológico: quienes confesamos a un tal Padre estamos invitados a asumir prácticas consecuentes con esta misma confesión.

* * *

La teología es un discurso acerca de Dios, es *theo-logos*. Un logos pronunciado por los hombres porque Dios no hace teología; y creo no ser irreverente si digo que pienso que tampoco le interesa hacerla. Ella es asunto nuestro, de cara a Dios, y no lo contrario. Toda la aventura de los teólogos a lo largo de la historia ha consistido en rastrear la presencia del sentido que viene de Dios a pesar de los absurdos

* Licenciado en Teología y Letras y en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Teología, Universidad Católica de Lovaina, Bélgica.

históricos. Por ello, la teología es expresión de la necesidad que tenemos los seres humanos de tomar posición ante las incertidumbres y las angustias que nos aquejan, como también ante las ilusiones y esperanzas que tenemos.¹ En estos términos la teología es capital para que los hombres y mujeres nos comprendamos a nosotros mismos a partir de Dios, pero es posible que sea absolutamente inútil cuando las preocupaciones de las personas que somos van al margen o paralelas con las de los teólogos. Por ello, la teología debe ser consciente de su perennidad y su relatividad; lo único absoluto para ella es el Dios siempre mayor de quien hoy y mañana puede y podrá descubrir sus espaldas buscando mirarle al rostro.

Podemos hablar incluso de una cierta crisis contemporánea de la teología, porque los nuevos movimientos religiosos son fundamentalmente alérgicos a la reflexión y a la discusión racional, se ubican del lado del pietismo y de los moralismos rigurosos que niegan o eluden, porque no les interesa la discusión de sus principios, valores y fundamentos.² Creo que no se trata tanto de una postura dogmática como de una «alergia» o temor a descubrir que el sentimiento, la emoción y la autoalienación, en las modalidades que se utilizan, pueden ser experiencias reales que se viven pero no exactamente experiencias de Dios. Por otro lado, la indiferencia religiosa que viven algunos sectores de la humanidad es cada día más creciente³ y esto hace insignificantes los asuntos teológicos. Yo no me ocuparé de este tema porque no es relevante para nuestro continente latinoamericano, de la manera como lo es para otros continentes. Aquí me ubico en la perspectiva de búsqueda de sentido, tan necesaria en la hora que vivimos los colombianos.

Milagros de todos los tipos, gritos en templos con música estridente, plazas y estadios llenos de gente que clama y aclama a unísono, lectura de horóscopos y cartas astrales, apariciones de la Virgen determinados días y a determinadas horas, experiencias de trance, tantas modalidades de *mediums* y adivinos, danzas rituales

1. Cfr., MADERA, I., *Dios presencia inquietante*, Indoamerican Press, Santafé de Bogotá, 1999. El capítulo primero lo dedico al análisis de la incertidumbre y su relación con la teología. Igualmente hago algunas reflexiones semejantes en «Hacer teología en nuestra Colombia», discurso en los grados de la Facultad de Teología de la Universidad Javeriana, en *Theologica Xaveriana*, No. 130, Abril-Junio de 1999, pp. 211-214.

2. COMBLIN, J., en *Cristianos rumbo al siglo XXI*, analiza estos fenómenos en el contexto global de la reflexión latinoamericana, San Pablo, Madrid, 1997, p. 123.

3. Uno de los dos aspectos de los que se ocupó la Conferencia de Instituciones Católicas de Teología, en su Asamblea General, realizada en Leuven (Bélgica) del 5 al 10 de agosto de 1999.

y meditaciones trascendentales con mantras y éxtasis, teorías acerca de la reencarnación, ritos satánicos con sus cuotas de crimen y cultos sincréticos de todos los nombres: toda esta fantasía religiosa de finales del milenio no se caracteriza por acudir a un discurso riguroso que se pregunte por las condiciones epistemológicas de sus afirmaciones y acciones o por la incidencia social de sus experiencias. La intimidad del sujeto prima ante el compromiso con la transformación de la realidad o la búsqueda de un mundo diverso al que los hombres hemos construido.

Por ello, hacer teología hoy puede ser pronunciar una palabra para sectores reducidos que mantienen inquietudes que ya no son las de las masas religiosas, cristianas o no. Pero es necesario hacerla hoy porque mañana la humanidad tendrá que preguntarse por el sentido de lo que está haciendo ahora y por lo que dejó de hacer o no quiso hacer impulsada por la fe en el Dios de todos los tiempos. Entonces la teología volverá a ocupar un lugar relevante para el hombre. Hacemos teología en función de un futuro que no conocemos todavía porque el presente vive preocupaciones que no siempre son las mismas que mantenemos los teólogos. Quizás, y prefiero equivocarme, todavía estamos demasiado distraídos en asuntos de tradición o discusiones acerca de ortodoxias o heterodoxias mientras a nuestro lado la historia sigue su curso, sin tocarnos o mancharnos. Es posible que con poca dificultad los teólogos olvidemos que tenemos un ministerio que se origina en la historia contradictoria y dramática de Jesús de Nazaret. El teólogo de hoy debe untarse de realidad para poder expresar lo que de Dios encuentra en esa realidad. No debe temer a que el mundo le toque, como tocó la mujer hemorroisa el manto del nazareno para poder decir, como Él, «alguien me ha tocado» (Lc. 8,43-48).

En el contexto anterior ubico esta reflexión acerca del Dios Padre de nuestro señor Jesucristo (Rom. 15,6). La he titulado de esta manera para situarme en la perspectiva de la significación. Con ello quiero decir que no estoy hablando, en sentido estricto, desde las coordenadas ontológicas propias de nuestra tradición de fe, sino desde un registro de lenguaje más cercano a la semántica, la metáfora, la pragmática, la socioanalítica y a algunos aportes de la psicología contemporánea. Pero, ante todo, ella quiere ser cercana y tener presente a los favoritos del Padre, aquéllos a «quienes se les ha revelado estas cosas, ocultas a sabios e inteligentes» (Mt. 11,25).⁴ ¿Quién es el Padre en cuyo nombre iniciamos toda celebración

4. Porque no podemos claudicar pensando que están condenados a un destino fatal. Al respecto, MADERA, I., *Destin, prédestination, destinée*, Cerf, Paris, 1995, pp. 35-49 bajo la dirección de A. Gesché.

litúrgica en la Iglesia? ¿Quién nos ha revelado a ese Padre? ¿Qué decir de Él como Padre Dios? ¿Cómo pronunciar su nombre? ¿De qué soy testigo cuando pronuncio su nombre? ¿Cómo es?

EN TIEMPOS DE LA CONFUSIÓN Y DETERIORO DE LA IMAGEN DEL PADRE

La humanidad contemporánea vive una crisis de la paternidad y de la figura del padre. Las madres solteras de nuestros barrios populares y las separadas o divorciadas de las clases medias y altas de nuestros países, como también de los mal llamados países del primer mundo, son la señal evidente de que muchos hijos crecen en hogares en los cuales no existe la figura paterna y en donde la madre viene a ser el todo: padre, madre, hermana y amiga. La maternidad pareciera más adecuada para expresar el nombre de Dios en el mundo contemporáneo que la paternidad, si nos referimos a las constantes sociológicas y si nos remitimos a la simbólica personal de estructuración del sujeto.⁵

Los estereotipos de la figura paterna marcados por el machismo ancestral en las culturas latinoamericanas, desdibujan el sentido del ser padre y la imagen del padre para los hijos. La herencia patriarcal tomada del judaísmo y los influjos históricos que ha sufrido el cristianismo, en lo relativo a la consideración de la mujer y su auténtica valoración en la perspectiva de género, provocan dificultad y malestar en la consideración de la paternidad como expresión de la bondad de Dios.⁶

La violencia que aqueja a un sector significativo de los hombres de nuestros sectores populares y la prepotencia de los de las clases altas, de los dueños del poder, contribuyen al diseño de una simbólica cultural que expresa una imagen del varón como sinónima del autoritarismo y la dominación, la imposición y la normatividad sin discusiones. Aquélla es una violencia sin futuro porque si se vive

5. Es fundamental para la psicología el rol que juega la relación paterna y las imágenes consiguientes a esta relación en los procesos de estructuración del yo. En relación con el deseo religioso y la imagen del padre, es de interés VERGOTE, A., «Los dos ejes de la religión: el deseo religioso y la religión del Padre», capítulo III de la obra *Psicología religiosa*, Taurus, Madrid, 1969, pp. 187-285.

6. Cfr., SCHÜSSLER FIORENZA E., *En memoria de ella*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 1989, en donde desde una perspectiva feminista se analiza la incidencia del patriarcalismo judío y sus incidencias en el cristianismo primitivo.

trabajando noche y día, en condiciones de inhumanidad, en construcciones para ricos o en grandes latifundios de todos los climas, es muy difícil pensar en brindar ternura, misericordia y bondad, cuando lo que se recibe es el fruto de la injusticia y la violación del derecho humano. La imagen del padre está entonces asociada a diversas expresiones distantes de lo que queremos decir al pronunciar el nombre adorable del Padre de Jesús.

Lo que se ha venido denominando ausencia del padre es la conciencia progresiva que nos ofrecen las estadísticas y la propia experiencia de compartir la vida de los sectores en los cuales realizamos nuestro ministerio, de sentir y sufrir con tantos niños, jóvenes y adultos que viven o han vivido la existencia sin un referente paterno. Ello se presenta como un fenómeno de la humanidad contemporánea, que no parece mostrar indicios de cambio hacia el futuro inmediato, dada la relativización del sentido de familia⁷, la liberación de costumbres ancestrales, y la invasión del individualismo y la subjetividad postmodernas. Y aquí, en este panorama de lo que somos como humanidad, sigue siendo sugestivo y necesario preguntarse por el Padre que nombramos cuando decimos «en el nombre del Padre».

EL PADRE QUE NOMBRAMOS

Quiero referirme a quién no es el Padre que nombramos, para a partir de ello identificar lo que sí estamos diciendo cuando hablamos de Él.⁸ Porque en nuestra cultura latinoamericana, machista y patriarcal en unos sentidos, y matriarcal en otros, es importante tener presente las imágenes de padre que se transmiten a través de los imaginarios personales y colectivos. ¿Quién es el Padre?

El «Padre Señor del cielo y de la tierra» (Mt. 11,25) que Jesús bendice no tiene nada que ver con el hombre que manda, en torno a quien se organiza la vida, el que dice lo que se hace en el hogar, el que coloca las pautas de comportamiento, el que pronuncia la última palabra, que puede darse el lujo de exigir lo que no vive, que supedita a la mujer a su voluntad y condiciona el comportamiento de los hijos. Ese Padre es más bien Aquél que oculta las cosas del Reino a sabios y entendidos y las revela a los pequeños. Se manifiesta como cercanía a lo sencillo, humilde y

7. THOMAS, F., profesora de la Universidad Nacional de Colombia, en sus reflexiones acerca de la familia habla de diversos modelos de familia que salen del esquema de la familia nuclear, en los cuales la figura paterna no es la determinante del núcleo relacional.

8. Algunas de estas reflexiones se encuentran en el libro citado *-Dios, presencia inquietante-* en el capítulo relativo al Padre, pp. 69-77.

trasparente, lejano de la dominación por el saber o el entendimiento. Quienes se supone no tienen las condiciones para saber, son aquéllos a los que se les comunica su presencia y se les muestra su acción.

El «Padre que está en los cielos» (Mt. 18,10) no quiere que se pierda ninguno de sus hijos más pequeños, quienes precisamente por esa condición de pequeñez ven continuamente su rostro. Esto contrasta con el planteamiento anticotestamentario referido al rostro de Dios. Ahora puede ser visto por aquéllos que viven una dinámica paternal distinta a la del estereotipo cultural del hombre despreocupado por la suerte del hogar, que se limita a dar para lo indispensable, que se siente con muchos derechos, por ser quien lleva el peso del sostén económico del hogar.

Por ser parte de una cultura del temor, ante la violencia que parece anular la esperanza y la agudización de las contradicciones sociales, por la implantación agresiva de políticas neoliberales que sacrifican la vida de las mayorías en el altar de los intereses de los organismos financieros internacionales, o de los grandes grupos nacionales, parece una ironía que al «Padre nuestro» le ha parecido bien darle el Reino a su pequeño rebaño y por ello les invita a través del Hijo a no temer (Lc. 2,32). Pero ese Padre de la confianza sin condiciones orienta hacia afanes distintos a los de los gentiles de este mundo (Lc. 12,30).

El «Padre que ama al Hijo y lo ha puesto todo en sus manos» (Jn. 3,35) no anula; entrega la herencia y permite al hijo actuar de acuerdo con su propia responsabilidad. Está en coordenadas diferentes al hombre alcahuete de los tanteos de sus hijos, quien se convierte en cómplice de sus deslices, los valora más allá de lo que son y pueden, no acepta sus fragilidades, limitaciones o carencias; o al padre que proyecta en el hijo la solución perfecta de todas sus fantasías insatisfechas y lo absorbe por la gula incontenible del deseo de ver realizado el sueño de su perfección irrealizable. Como éstos ¡no es el Padre que está en los cielos!

El «Padre amoroso» de la parábola del hijo que reclama la parte de su herencia (Lc. 15,12ss) es la antítesis del padre programador, que todo lo sabe y resuelve, que tiene la receta para cada dificultad y la respuesta sin discusión a toda pregunta. Nada tiene que ver con el padre intelectual dueño del saber y portador de todas las certezas, engreído y satisfecho al interior de sus grandes ignorancias doctas. Como éstos no es el Padre de Jesús; antes bien, es el Padre que acepta la libertad del hijo, su derecho a equivocarse e incluso anularse en la búsqueda de asumir en radicalidad esa misma libertad.

Un planteamiento de Françoise Dolto con relación al tema me parece sugestivo para reiterar cuál es el Padre que nombramos cuando decimos «en el

nombre del Padre». Dice Dolto que «con frecuencia confundimos entre padre y progenitor. Se necesitan sólo tres segundos para que un hombre se reproduzca. Ser padre es una aventura totalmente diferente».⁹ Desde esta perspectiva, ser padre es darle vida al hijo, educarlo, acompañarlo en sus tanteos y equivocaciones para llegar a ser adulto, para llegar a ser él mismo en libertad. El padre se experimenta padre en la aventura de ver que el hijo, siendo él mismo, vive su propia aventura en libertad. Es claro que en la tradición cristiana hablamos de Dios padre, no de Dios progenitor.

El Padre que nombramos es por tanto el «Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom. 15,6) a quien unánimes y a una voz estamos llamados a glorificar; porque «para nosotros no hay más que un sólo Dios, el Padre del cual proceden todas las cosas y para el cual somos; y un sólo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y por el cual somos nosotros» (1 Cor. 8,6). Él es el Padre de las misericordia y Dios de toda consolación (2 Cor. 1,3), el Padre de la gloria que nos concede espíritu de sabiduría y de revelación para conocerle perfectamente (Ef. 1,17).

NUESTRO PADRE

Jesús de Nazaret nos ha revelado quién es el Padre.¹⁰ Esa revelación del Padre en los Evangelios va tomando una progresiva densidad en los sinópticos y tiene su intensidad mayor en los relatos de pasión. Se va definiendo el sentido de la relación de Jesús con el Padre en el acto definitivo de confianza que significa el grito en lo alto de la cruz (Lc. 23,46), precedido del episodio de Olivos (Mt. 26,39). Ambos son expresión de la libertad del Hijo para asumir su propio destino y de su progresiva conciencia en relación con las consecuencias de su actuar y su predicación.¹¹ La relación con el Padre en los tiempos de la actividad pública se define en su máxima intensidad en la manera como Jesús asume el conflicto mayor que significa el abandono de los discípulos, el juicio político y religioso, la condenación y las torturas.¹²

9. DOLTO, F., *L'Évangile au risque de la psychanalyse*, tome I, Les Éditions du Seuil, París, 1977, p. 25ss.

10. Este es un dato clásico en cristología contemporánea. Cfr., KASPER, W., *Jesús el Cristo*, Sígueme, Salamanca, 1985; GONZALEZ FAUS, J.I., *La humanidad nueva*, Sal Terrae, Santander, 1984.

11. Cfr., SCHILLEBEECKX, E., *Jesús, La historia de un viviente*, Cristiandad, Madrid, 1981.

12. BRAVO GALLARDO, C., en *Jesús hombre en conflicto*, ofrece un esquema sugestivo de análisis de la conflictividad de Jesús a partir del Evangelio de Marcos, Sal Terrae, Santander, 1986.

A través de la predicación del Reino y de las parábolas que lo describen, podemos encontrar el rostro del Padre en su originalidad y grandeza. El Reino no se define en los términos de un saber exactamente qué es, porque inclusive viene sin darnos cuenta; es y no es de este mundo (Lc. 17,20ss). Es de Dios pero hace referencia a los valores que definen lo humano: justicia, fraternidad, bondad, solidaridad, paz, verdad, entre otros.¹³ Para Jesús el Dios al que llama Padre no es una potencia o un poder trascendental que habita en un *topos uranós* sino que es «alguien» familiar y cercano con quien se conversa en relación de intimidad. Se le puede llamar «nuestro» porque no se identifica con lo «mío» individual y subjetivo, sino con la comunión. Es expresión, por tanto, del Dios que es Padre pero que es también Espíritu Santo, Trinidad que realiza la unidad en la diversidad de las tres personas divinas distintas y una. El Padre y el Hijo son uno porque el «Padre ama al Hijo y ha puesto todo en su mano» (Jn. 3,35), pero de igual manera el «Espíritu de la verdad procede del Padre» y da testimonio del Hijo (Jn. 15,26).

«La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡*Abbá*, Padre!», nos dirá la Carta a los Gálatas (4,6). Por Jesús, en el Espíritu, somos hijos del Padre. Es nuestro Padre, y por ello su nombre debe ser santificado construyendo el objeto mayor de la predicación de Jesús, revelador del Padre, el Reino de Dios. El Padre es el Dios del Reino. El sentido de la fe en Dios Padre es realizar, por el seguimiento del Hijo, la propuesta de construcción del Reino.

Esta centralidad del Reino no puede ser sustituida por otros centros en estos tiempos de la postmodernidad y del auge del imperio único. El Padre de Jesús, en quien hemos puesto la confianza y la esperanza, es el mismo *Abba* que nos llama a realizar en la historia la comunión de hermanos que debe ser el Reino de justicia.

La teología del nombre del Padre no puede soslayar esta urgencia del compromiso con la causa del Reino como posibilidad para la esperanza en tiempos de desolación y de dominación de unos hombres sobre los otros. No es asunto de modas teológicas o de corrientes en las cuales uno u otro teólogo pueda matricularse; es asunto que define el sentido de la fe y la verdad del cristianismo. El Padre es nuestro y por tanto los hombres somos sus hijos; y como tales, no podemos justificar ningún acto o política de dominación, opresión o aniquilación entre hermanos. En su nombre sólo puede haber la fraternidad, la solidaridad, el respeto a la vida y la

13. KASPER, W., *Jesús el Cristo*.

lucha por la construcción de modelos de comunión que realicen desde ya la voluntad del Padre para con sus hijos. ¡Para que su Reino venga!

El Padre creador

En la predicación del Dios del Reino propia de Jesús de Nazaret, comprendemos el sentido de los atributos del Padre que la tradición ha discernido a lo largo del desarrollo de la teología trinitaria. El Padre es creador, como el Hijo es redentor y salvador, y el Espíritu Santo es santificador. Es un Padre que crea el universo y el hombre, fuente al mismo tiempo de la creatividad humana. Porque somos hijos de un mismo Padre creados a su santa imagen, estamos llamados a ser igualmente creadores. La metáfora de Dios creando a partir del caos que nos trae el Génesis (1,1ss), se ofrece como paradigma de los hijos de ese Padre creador. Los seres humanos, mujeres y hombres, estamos llamados a ordenar el caos concomitante con la creación no definitivamente terminada. En virtud de nuestra condición de imagen de Dios, Padre creador, realizamos esta imagen en la medida en que somos capaces de provocar y producir armonía en el interior de la creación: una armonía que se realiza a partir de la construcción de la libertad y la justicia, factores capitales para la instauración histórica de la comunión en la historia humana.

La realidad toda que es fruto del amor trinitario creador, es expresión de un Padre que lanza la creación a la plenitud porque la entrega no terminada, Padre creador de un hombre libre, que debe construirse en la respuesta al reto de la libertad. El hombre de hoy y de todos los tiempos tiene que asumir la responsabilidad de construirse como creado creador.¹⁴ Creado creador de sentido, del sentido de su misma libertad y del sentido de la construcción de procesos humanos que reconstruyan y recreen la libertad de los hijos de Dios. El hombre ha sido creado creador porque es fruto de las manos de un Padre igualmente creador.

La creación no se reduce a la hechura de la nada, sino que consiste igualmente en recrear la realidad; pero sobre todo en recrear al hombre mismo, deshecho y maltrecho por la libertad de hacer la construcción humana a imagen de la comunión divina o al libre albedrío de lo que cada generación ubique como norte orientador de la creación de sistemas y modos de ser, obrar y construir; sistemas que generen vida en comunión o lucha fratricida que mantiene vigente la pregunta acerca de lo que hemos hecho con los hermanos.

Los hijos del Padre en Colombia podemos preguntarnos en estos días de tragedia sin final previsible, si los hombres y mujeres que somos en este país

14. Los trabajos de GESCHE, A., en relación con Dios y el hombre insisten en este carácter del hombre creado creador, Cfr., *Dios para pensar, El mal - El hombre*, Sígueme, Salamanca, 1995.

confesamos con verdad la fe en el Padre que todo lo ha creado. Hasta hoy no hemos sido capaces de construir la justicia que produce la paz. Y cuando las fuerzas encontradas no pueden diseñar los modos y las maneras de sentarse en una misma mesa para construir humanidad, entonces un amargo sabor de decepción hace que nuestra lectura teológica del hombre creado creador señale hacia la posibilidad de lo no existente o de lo aparentemente imposible. Más allá de la irracionalidad y la brutalidad innumbrables de una guerra con víctimas inocentes injustamente condenadas, debe existir—como existió para el inocente Hijo del Padre, injustamente condenado y vilmente asesinado— una aurora de resurrección. ¿Alienación a partir de las palabras? Es posible, pero para mí es esperanza contra toda esperanza, en la más auténtica tradición paulina.¹⁵ Porque cuando no se dan las condiciones para esperar, es cuando realmente se prueba la esperanza, y entre nosotros, en esta hora de tinieblas, es necesario reafirmar que la teología y la Iglesia están siendo llamadas a dar razón de la verdad de lo que dicen confesar. Esta es su hora primera, este es el justo lugar.

El Padre misericordioso

Los atributos de las personas divinas se refieren a lo que podemos decir de ellas como consecuencia coherente de lo que Jesús nos ha revelado. El Padre es padre amoroso y por lo mismo, padre de misericordia y Dios de todo consuelo. El amor y la misericordia van juntos, tal como se besan la justicia y la paz en el sentido original del salmo. El amor del Padre por la humanidad pide igualmente de los hombres ser capaces de construir misericordia en lugar de sacrificios. Nuestro tiempo (porque es el tiempo de la imagen y del sentir) necesita ver que los seguidores del Hijo del Padre misericordioso tienen igualmente entrañas de misericordia ante todo herido que se encuentra en el camino, ante todo marginado, todo hombre o mujer que no son tenidos en cuenta o que son rechazados por su condición u orientación.¹⁶

La misericordia se antepone al culto, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo. «Si vienes a presentar tu ofrenda y tu hermano tiene algo contra tí, debes primero reconciliarte.» (Mt. 5, 23-24). El culto se supedita a la práctica de la fraternidad y la actualización de la bondad y la misericordia de Dios Padre.

15. Cfr., MADERA, I., «La esperanza que profetiza», en *Vínculum, Conferencia de Religiosos de Colombia*, Santafé de Bogotá, No.189, Agosto-Octubre de 1997, pp. 65-72.

16. Cfr., MADERA, I., «Rastreando la acción del Espíritu», en *Vínculum, Conferencia de Religiosos de Colombia*, 193/94, Santafé de Bogotá, Agosto-Diciembre de 1998, pp. 15-24

Cuando esto se hace historia, con derecho podemos decir con Pablo: «¡Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de las misericordias y Dios de toda consolación!» (2 Cor.1,3)

EN SU NOMBRE

Puedo reflexionar en este momento acerca de lo que significa, a partir de lo dicho, pronunciar el nombre de Dios Padre, o más exactamente actuar en su nombre. La confesión de fe en Dios Padre es concomitante con las prácticas que nos identifican como hijos suyos y hermanos en su Hijo, teniendo presente que es Padre, pero con una paternidad que es maternidad, porque definitivamente para los paradigmas simbólicos de nuestro tiempo, la maternidad es la que construye sujetos, dada la crisis de imagen del padre, que conduce a una valorización del papel de la madre en el proceso de hacerse hijos los hombres y mujeres de este tiempo.

El Padre es Madre, la paternidad de Dios es maternidad.¹⁷ Esta divina ternura en misericordia acoge la diversidad humana en su complejidad. Por ello Dios se hizo carne; por ello la segunda persona de la Trinidad Santísima se hizo carne en la historia en Jesús de Nazaret. En Él se nos han revelado los secretos escondidos desde siempre. Los hombres somos hijos de Dios Padre Materno. Actuar en nombre del Padre tiene sus consecuencias: decir «en el nombre del Padre» dice mucho más de lo que mecánicamente podemos afirmar.

En nombre del Padre los seres humanos no podemos destruir la creación contaminando los ríos, ni alterar el proceso físico de las placas tectónicas, ni matar la vida que bulle en las profundidades de los mares o utilizar en experiencias sin control las arenas polvorientas de los desiertos. La creación es don de Dios y como tal el hombre debe transformarla con ternura, con cuidado, no a partir de intereses que destruyen la vida en el planeta y ponen en interrogante el futuro de la humanidad. La ganancia, el lucro, el beneficio, el desarrollo por el desarrollo, la tecnología por la tecnología, la máquina por la máquina, no pueden estar por encima del hombre creado por Dios Padre a su imagen divina. Creados creadores, el hombre y la mujer están ante el reto de seguir construyendo la creación manteniendo la prohibición originaria de violentarla en función de intereses diversos a la construcción del ser humano, sea mujer o varón.¹⁸

17. En los términos expresados por el Santo Padre Juan Pablo II en «*Dives in misericordia*».

18. Son frecuentes en nuestro tiempo las reflexiones acerca de la que se ha venido llamando una teología de la ecología, o una teología del cosmos, como es el caso de la obra de GESCH, A., *Le cosmos*, Cerf, Paris, 1994. Cfr., BOFF, L., *Ecología: grito de la tierra, grito de los pobres*, Trotta, Madrid, 1996.

En el nombre del Padre no se puede justificar ninguna injusticia, ningún sistema que niegue la igualdad de los hijos de Dios, ningún modelo económico que aumente la pobreza y genere la exclusión, ninguna política que margine o segregue. En el nombre del Padre sólo es posible pensar en la búsqueda de modelos que pongan en primer lugar el asunto de la distribución y del pan para todos, el pan cotidiano que clamamos al Padre cuyo nombre es santo.¹⁹

En el nombre del Padre y en virtud de su condición de hijas de Dios y hermanas en Cristo, las mujeres tienen el derecho de reivindicar todo lo que la historia les ha impedido en virtud de su identidad sexual.²⁰ Si de algo tiene necesidad el mundo que viene es de recuperar la igualdad fundamental de los sexos en una perspectiva de género que cree comunión mujer-varón como imagen de la fontal comunión trinitaria. En el nombre del Padre no es posible colocar en posición de inferioridad a la mujer, que sigue causando la sorpresa del hombre porque ella es hueso de sus huesos y carne de su carne, y no existe ninguna semejante a él (Gen. 2,18.25). En el nombre del Padre la posibilidad es construir la historia en igualdad fundamental, porque los hombres tenemos que reconocer el pecado ancestral de contradecir la voluntad de Dios al crear diferencias insostenibles en estos finales del milenio, con estructuras machistas y patriarcales, con construcciones ideológicas manipuladoras y con argucias teológicas interesadas. La mujer fue la primera testiga de la resurrección, y mañana seguirá siéndolo.²¹

En el nombre del Padre todo marginado, oprimido o excluido, es favorito de Dios. Por ello, en nombre del Padre a los seres humanos urge la organización para la defensa de sus intereses y el retorno de sus derechos conculcados. La cuestión de la justicia exige apertura de los ojos y del espíritu: «Entonces los justos brillarán como el sol en el Reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.» (Mt. 13,42). Y esto, porque algunos y algunas parecen no tener oídos o no querer tenerlos. En este

19. De igual manera los trabajos que se vienen denominando teología de la economía. Cfr., HINKELAMMERT, F., «La teología de la liberación en el contexto económico-social de América Latina: economía y teología o la irracionalidad de lo racionalizado», en *Pasos No. 57*, 1995. Cfr., PARRA ALBERTO, *Visión teológica sobre el neoliberalismo y sus implicaciones en el contexto colombiano*, Simposio Internacional sobre el Neoliberalismo, Facultad de Teología, Universidad Javeriana, 1998.

20. Una recuperación de la relación cara a cara varón-mujer. Cfr., DUSSEL, E., *Filosofía y ética de la liberación*, Buenos Aires 1998, III, 49.

21. Son numerosos en este momento los trabajos ubicados en la que se denomina teología feminista. Cfr., SALAS, MARÍA, *De la promoción de la mujer a la teología feminista*, Sal Terrae, Bilbao, 1993. Cfr., CARR, A., *La femme dans l'Eglise*, Les Editions du Cerf, París, 1993. SCHÜSSLER FIOREZA, ELIZABETH, *Pero ella dijo. Prácticas feministas de interpretación bíblica*, Ed. Trotta, Madrid, 1996.

contexto comprendo la expresión de Mateo: «Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que sus ángeles, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos.» (Mt. 18,10). Estamos en la hora, es el tiempo de superar los intereses egoístas que han hecho de la cuestión de los pobres y marginados un asunto ideológico, y recuperar así su raíz evangélica y su escandalosa urgencia, porque «no es la voluntad de vuestro Padre celestial que se pierda uno sólo de estos pequeños.» (Mt. 18,14).

En el nombre del Padre los desarrollos tecnológicos y las nuevas fuentes de energía o medios de comunicación no pueden ser máquinas que controlen a su creador, sino medios al servicio de la construcción de una humanidad planetaria que integre la diversidad de las culturas en la unidad de un sólo género. A imagen de la comunión de la diversidad en el uno que es Dios, los hombres y mujeres de este tiempo tenemos el reto de construir una aldea global en donde todos tengamos cabida: ello significa luchar contra toda pretensión de construcción de una aldea, una vez más, y ahora con medios mucho más sofisticados y con resultados futuros impredecibles al servicio de los intereses minoritarios de quienes tienen el poder económico, político, informático y el poder sobre la investigación científica. He aquí la urgente tarea de la teología de identificar que la confesión de fe es constituyente de una ética que compromete a todos los que decimos confesar esa misma fe, al tiempo que interroga a quienes no profesan nuestra misma fe.²²

En el nombre del Padre, quienes confesamos este nombre, tenemos que ser capaces de «hacer cosas con palabras»²³, es decir, la verdad de nuestra fe se está decidiendo en la posibilidad que esa misma fe tiene de construir modelos humanos y societales consecuentes con las confesiones que hacemos. ¿Puede decirse, con afirmaciones como la anterior, que estoy «horizontalizando» el sentido del acto de fe? Creo que en perspectiva evangélica no es posible hablar de experiencias de fe horizontales o verticales porque el Evangelio es cruz, es decir, horizontalidad y verticalidad entrecruzadas sin ninguna posibilidad de separar una de otra. Aún más, considero que es una discusión inútil, porque el Hijo del Padre viviendo en total

22. Cfr., GESCHE, A., *Dieu, Apprendre de Dieu c'est qu'il est*, Cefr, Paris, 1994, pp. 95-101

23. Es el sentido de las afirmaciones de la filosofía del lenguaje de AUSTIN, D., en *Palabras y acciones*, Paidós, Buenos Aires, 1971. SEARLE, J., *Los actos de habla*, Cátedra, Madrid, 1980. EVANS, D., *The logic of self-involvement*, Introducción, pp. 11-24. Una síntesis de los principales planteamientos de la teoría de los actos de habla se encuentra en mi artículo «La teoría de los actos de habla», publicado en la revista *Franciscanum*, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, No. 78, Sep-Dic. 1984.

referencia a Él, tenía la autoridad por su actuar unido a su palabra, porque «hablaba con autoridad y no como los escribas». Autoridad que consistía en la profunda coincidencia entre lo que decía y lo que hacía²⁴, o más exactamente, en su capacidad de hacer cosas con palabras.²⁵

De aquí se desprende la necesidad de la superación de la crisis del lenguaje teológico y del lenguaje religioso en general; no sólo del lenguaje hablado y escrito, sino también del gestual y del simbólico. La hermenéutica teológica está ante el reto de hablar las lenguas de los hombres, primero a partir del lenguaje del amor del Padre, a quien hemos conocido porque el Hijo nos lo ha querido revelar. Este es un trabajo de interpretación complejo y necesario que tendrá su primera urgencia en la llamada a la teología a untarse de humanidad, para descubrir en la degustación de lo humano la divinidad del Padre que hace nuevas todas las cosas en Cristo: «Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquél a quien el Hijo se lo quiera revelar.» (Lc. 10,22).

Para que el mundo crea, para que se realice la oración de Jesús al Padre por la unidad de la humanidad dispersa: «Para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en tí, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado.» En tiempos de desolación se hace mayor la necesidad de la esperanza, porque «no recibisteis un espíritu de esclavos para recaer en el temor; antes bien, recibisteis un espíritu de hijos adoptivos que nos hace exclamar: ¡Abbá, Padre!» (Rom. 8,15). Esta es la sin igual aventura de la fe en esta hora fatal de nuestra Colombia herida.

24. Esta profunda coincidencia es uno de los rasgos originales de la personalidad de Jesús según los Evangelios. Cfr., Contribución de VERGOTE, A., en *Jésus Christ, fils de Dieu*, publicación de Facultés Universitaires Saint-Louis, Bruxelles, 1981, pp. 115-140

25. Es el sentido de las afirmaciones de la filosofía del lenguaje de AUSTIN, SEARLE, EVANS, D., a la que hemos hecho referencia anterior, sus teorías de la performatividad y la autoimplicación.